

Querida Beth

Las muchachas en Perth Amboy
agregan al viento
sus minúsculas lágrimas
para desatar la tormenta.

Recuerdo,
la primera vez de todo
en este predio:
el buzón, la nieve
tu libro de cupones
la clase de inglés,
el olor a desamparo
en los pasillos.

Entonces
el Invierno,
la enfermedad liminal
de las aceras.
El frío,
en la comisura de los labios,
arriba de las máquinas,
del mostrador
y de los signos vitales,

El frío
interviniendo
La raíz profunda de la rabia,
sembrando lo sólido en la grama

arreciando el tallo de la rosa
y de tu propia bondad.

Pero pienso,
querida Beth,
que debe ser cierto
que antes de nosotras
hubo otra peregrina tribu
pastora de la pérdida

esas muchachas
en Perth Amboy
sacudiendo la sábana
desdiciendo del clima,
de sus muchos oficios
y subiendo regularmente
la colina erguida
de la ira,
nuestra
diosa matutina,
la primera lengua que
aprendimos aquí,
nuestra gran posesión inesperada.

Yo me pregunto
querida Beth
¿es esta recia
lustrosa piedra pulida de la rabia
la tierra que nos prometieron?